

# PRESENTACION DEL ACTO CONMEMORATIVO DEL CENTENARIO DE D. RAFAEL LAFFON ZAMBRANO \*

*por EDUARDO YBARRA HIDALGO*

El Domingo de Pascua de Resurrección es el día más grande de la cristiandad. Y la semana de Pascua en esta Academia desde su fundación tiene una significación trascendente.

En un viernes de la Semana de Pascua nació la Corporación hace cerca de dos siglos y medio. Cada tres años el Viernes de Pascua se recuerda la efeméride con la elección de la Junta de Gobierno, que tiene el deber de estimular su continuidad y esplendor.

Para el Viernes de Pascua pasado —21 de abril— estaba convocada la Academia y sus invitados, para conmemorar el centenario del nacimiento del que fuera ilustre académico Don Rafael Laffon Zambrano. El centenario de su nacimiento a la vida, a esta nuestra vida mortal.

Pero esa conmemoración hubo de suspenderse, porque ese mismo día se había producido otro nacimiento; el paso de nuestra vida terrena, a la VIDA con mayúsculas, de otro no menos ilustre académico, Don José Antonio Calderón Quijano.

Y fuimos a un bello blanco pueblo de la Bahía Gaditana a depositar los restos de nuestro compañero. La meditación se hacía muy profunda. La desbordante gran humanidad de José Antonio Calderón había desaparecido: solo unas leves cenizas. El significado de la Pascua se hacía más intenso: Cristo ha resucitado primicia para nosotros.

---

\* Leído por D. Eduardo Ybarra Hidalgo, el día 2 de Junio de 1995.

Muerte y resurrección, para los sevillanos en la clave de Rafael Laffon, es creencia que se hace palpable en nuestra anual conmemoración de la Semana Santa. Porque la semana de Pascua para ellos es otra vez vísperas de la semana Mayor de Sevilla, que año tras año, viene a unir la muerte y resurrección de Cristo y la de nosotros.

Rafael Laffon sentía el ansia de esas vísperas. Pasará al estío, la ciudad volverá a ser creadora en Otoño, pero escuchad, llegarán «las madrugadas del invierno más aterido, las sombras transfugas de nuestros sueños llegan a cobijarse incoherentes a la puerta de algún templo recóndito y lejano, que otra noche —término irremediable— cerró sus hojas lentas sobre las luminarias penitenciales de nuestra liturgia. Así es la espera —el año y cada día—, profunda de latido, entrañada del sordo fuego del ansia y la reserva, sumergidas de tan largas vísperas. Pero, al fin, tras la Giralda —vigilia nuestra cierta— sobre la masa abrupta de la Catedral erizada de agujas nostruosas —las místicas espigas—, asoma el primer filo de esta Luna que ha de inundar la noche sagrada del Parascebe».

Con esta poética y punzante prosa inicia Rafael Laffon, su bellísimo «Discurso de las Cofradías de Sevilla».

La Academia no podía pasar por alto fecha tan señalada, del autor de «La Sevilla del Buen Recuerdo», la prosa sobre la ciudad hecha poesía; del autor de la poesía más pura y veraz, del sevillano de mas trascendente dimensión universal de nuestro tiempo, a pesar de haber adquirido ese título —como nos diría nuestro compañero Juan de Dios Ruiz Copete— «desde su casa silenciosa y recoleta de la calle Cardenal Spínola» de Sevilla, «es decir como sevillano por naturaleza, irrenunciable vecindad, e inamobile adscripción afectiva».

No podía pasar desapercibida para la Academia fecha tan señalada, de uno de los que fueron de sus más ilustres miembros, y para recordarnos al hombre, al poeta y a su obra, ha designado, al profesor de literatura de nuestra Universidad Don Miguel Cruz Giráldez, y al académico D. Joaquín Caro Romero, ambos con el doble denominador común, de su madura juventud y de su conocimiento profundo de nuestro recordado académico, si bien cada uno por distinto motivo:

Miguel Cruz Giráldez, como investigador de los escritores sevillanos de este siglo, de forma muy especial de Rafael Laffon, al que ha dedicado entre otros su tesis doctoral «Vida y poesía de

Rafael Laffon» (1984) y una docena más de trabajos dedicados al autor.

Es Cruz Giráldez uno de los máximos especialistas en la obra de ese importante autor sevillano y de su época.

Miguel Cruz Giráldez, nacido en Sevilla en 1956, es Doctor en Filología Hispánica, catedrático de Instituto y Profesor de Literatura Española en la Universidad de Sevilla. Simultánea su labor docente con la de investigación, ámbito en el que destacan sus trabajos dedicados al estudio de distintos temas y problemas de la literatura española contemporánea, que le han merecido los premios «Archivo Hispalense» y «Ciudad de Sevilla» de investigación literaria.

Por su parte, Joaquín Caro Romero por su condición de Académico no necesita presentación en esta casa, pero han de señalarse unas circunstancias que lo hacen plenamente idóneo e insustituible para este acto. Joaquín Caro Romero tuvo la suerte de superar las vallas que apartaban a Rafael Laffon de la generalidad. Siempre se ha advertido en Laffon, en el hombre, en el poeta —cito de nuevo a Juan de Dios Ruíz Copete— «como de un secreto mundo que nace de su interior, emerge la sensación de una personalidad abstraída, misteriosa y difícil». Pero Joaquín Caro Romero, tuvo la suerte —quizá por identidad de muchas cualidades— de que ese espíritu misterioso se abriera plenamente para él —su hijo espiritual se ha dicho— y ciertamente su heredero en su plaza académica de esta Real Corporación.

No es dudoso, pues, el acierto de la Academia al designar a dichos señores para intervenir en este acto.